

Metáforas Rígidas*

Carmen González-Marín

Arbor CLVI, 616 (Abril 1997) 77-98 pp.

*Para Víctor Sánchez de Zavala,
en memoria*

Las metáforas del tipo «Julietta es el sol» se interpretan normalmente como enunciados predicativos, y en consecuencia, como usos defectivos del lenguaje. Como tratamiento alternativo, analizamos el citado tipo de metáforas como enunciados que instauran una identidad entre dos objetos y no como enunciados que predicen una semejanza o una defectiva pertenencia de un objeto a una clase dada. Las metáforas que responden a un esquema «a es (un) b» son consideradas como parte de un enunciado que da cuenta de un estado intencional, o en otras palabras, como el alcance de un operador epistémico M, con la fuerza ilocucionaria de una Declaración. Un trasfondo platónico justifica nuestra propuesta.

Literal y metafórico

En nuestros usos cotidianos del lenguaje, hay cabida para expresiones de tanta raigambre filosófica como «El gato está sobre el felpudo», «El número de los planetas es

* Una primera versión de este trabajo fue presentada en el Seminario *Filosofía, Literatura y Ciencias Sociales*, en el Instituto de Filosofía del CSIC (enero 1996) y en el Seminario «El lenguaje de las sensaciones» del Departamento de Periodismo III, UCM (abril 1996). Agradezco a los miembros de ambos seminarios sus comentarios y tonificantes críticas.

nueve», «Mi perro se llama Fido», etc., pero sin duda también para otras como «Mi vida es un infierno», «Nuestra relación atraviesa un gran bache», o «García es un alcornoque». Es claro que el primer tipo de enunciados satisface unas condiciones de verdad determinadas por su significado. Y puesto que el concepto de literalidad, ligado estrictamente al de verdad semántica, se ha constituido en norma, cualquier enunciado que no satisfaga las condiciones de verdad determinadas por su significado se interpreta como desviación, que debe adjudicarse al deseo de innovación de los literatos o en general a usos *poco serios* del lenguaje.

El prejuicio que convierte a las metáforas, junto a otras formas del lenguaje llamado *figurado*, en un sector anormal de nuestro discurso es de índole empirista, y, de alguna manera, pese a los esfuerzos de los románticos, de Nietzsche o de Derrida, se ha mantenido vigente en la discusión acerca de la metáfora hasta hoy mismo. A pesar de una cierta tendencia a considerar las enunciaciones metafóricas, las vagas, y las literales en una continuidad en la que solamente se da una mayor o menor intensidad de vaguedad, por parte, por ejemplo, de Sperber & Wilson ¹, el hecho es que éstos, como Grice, y, en general, los partidarios de un análisis pragmático de las metáforas ², mantienen la prevalente hipótesis de que idealmente existe un significado literal que raramente es comunicado en las preferencias de los enunciados del hablante, lo cual obliga al interlocutor a realizar sistemáticamente inferencias para descubrirlo. En esencia, las metáforas constituyen un caso más, más extremo acaso, de este hecho determinado aquí, de nuevo, por la desviación o la violación de alguna de las normas conversacionales.

Estamos jugando pues con la tesis de que *lenguaje literal* es sencillamente aquél cuyos enunciados se pueden verificar, o mejor cuyas preferencias contienen proposiciones verificables. Un enunciado «a es un b», cuando es literal, puede verificarse, dentro por supuesto de un marco pragmático añadido, el que determina la presuposición de que el hablante lo profiere seriamente y sin intención de engañar.

Las metáforas así se presentan como sorprendentes y paradójicas: hacen aceptar como verdadero algo que no puede serlo. Lo cual no significa, por cierto, que no se den metáforas que debemos evidentemente interpretar como ver-

dades. (No es cierta la afirmación general de que las metáforas siempre constituyen enunciados falsos³. Lo que sí es cierto es que, si no son falsos, su verdad literal es irrelevante).

Así pues, la proyección de dos ámbitos diferentes y en ocasiones discontinuos en el lenguaje —literal y figurado— obedece a la exclusiva consideración de lo literal como lo cognitivo. Pero no deja de ser evidente la imposibilidad de sostener ese principio. El lenguaje literal no es *necesariamente* cognitivo, o sea suficientemente informativo o relevante. Un enunciado como «La chaqueta es verde» es, diríamos, válido desde un punto de vista cognitivo porque aporta una información acerca de un estado de cosas en el mundo. Pero acaso no podemos afirmar estrictamente lo mismo si consideramos el enunciado en el contexto de su preferencia. Si alguien acaba de comprar una chaqueta verde, tras una larga deliberación acerca de su color con el dependiente, la preferencia de «La chaqueta es verde» es tan poco valiosa desde el punto de vista cognitivo como la de la metáfora «Los hombres no son islas», si atendemos a un criterio semántico de verdad (aunque ambos enunciados, por cierto, son verdaderos).

La única posibilidad de sostener la diferencia —rígida— entre dos tipos de lenguaje es, desde luego, pensar en enunciados independientes del contexto, cosa tan irreal al menos como postular la primacía lógica de la metáfora. Quedan sin duda excluidos de lo literal de ese modo todos los actos de habla indirectos, y, en general, el lenguaje literal quedaría relegado a un mero caso extremo que ni siquiera cubriría las necesidades de la ciencia, por no mencionar las de la comunicación ordinaria.

Es cierto, por otra parte, que pensamos acerca de las metáforas de una manera distinta a como se piensa sobre otros aspectos del lenguaje. Llamamos «mesa» a un objeto por convención y no aceptamos fácilmente que se instauren convenciones nuevas, por la evidente razón de que ello desestabiliza nuestro lenguaje. ¿Por qué aceptamos metáforas? La hipótesis retórica —en el mal sentido—, la del ornato, o la romántica, la más arriesgada, de suponer que la metáfora es necesaria para el descubrimiento de nuevas identidades, son los casos extremos, pero hoy, y en terreno menos ro-

mántico, la idea que sostiene los trabajos acerca de la metáfora en la ciencia es muy semejante a la última: las metáforas son necesarias⁴. En término acuñados poéticamente la *cortedad del decir* —del decir literal— nos obliga a echar mano de algo tan extraño como la metáfora para entender(nos) (en) el mundo.

La necesidad de establecer límites para salvar el escollo de la perturbación lógica que virtualmente producen las metáforas obliga en definitiva a crear el mito de la literalidad, y el mito correspondiente de la metáfora como establecimiento de semejanzas, o fundamentada en la semejanza; de alguna manera, la *motivación* de la metáfora.

El hecho es que, aunque deseemos aceptar que existen expresiones literales y expresiones no literales —no sentidos—, probablemente resulta antintuitivo afirmar la existencia de una real división *horizontal* entre las dos clases, de modo que se constituyan dos tipos de lenguaje diferentes y diferenciables. Expresiones literales son acaso las meramente *denotativas*, mientras que las no literales son todas aquellas que habría que interpretar como *expresivas* es decir, que también denotan algo acerca de estados intencionales del locutor. La línea divisoria entre diferentes tipos de expresiones, pues, no es horizontal sino *vertical*. Las metáforas pertenecen a un nivel de lenguaje diferente al de las expresiones literales.

En la retórica tradicional, la metáfora queda reducida a la versión aristotélica de *transferencia* de un *nombre* o, en su caso, de un significado. En último extremo, es un problema que afecta al sentido de una palabra⁵. En versiones modernas, sin embargo, se ha establecido de manera general la necesidad de contemplar dos elementos implicados en toda metáfora, *vehículo* y *tenor*, o *foco* y *marco*, o *segmento* y *secuencia*⁶, y, en definitiva, se ha tendido a un análisis más realista de la metáfora no como algo que afecta al sentido de una palabra sino a un enunciado globalmente considerado.

El análisis de Lakoff y Jonhson en esta línea⁷ posee entre otras virtudes el que nos ayuda a encontrar la solución al problema de la necesidad de las metáforas. La idea básica es que nosotros conceptualizamos un ámbito de nuestra experiencia en términos de otro (más elemental o primario),

y, en consecuencia, que las metáforas no son un mero mecanismo lingüístico sino un instrumento del pensamiento y la acción humanas. Que las expresiones metafóricas derivan de conceptos metafóricos de base nos indica ciertamente que la metáfora es un instrumento para la construcción de nuestro sistema conceptual e, incidentalmente, de nuestro mundo en tanto puede ampliar nuestra experiencia.

Aceptaré pues como válido el punto de partida de Lakoff y Johnson, y de este modo cuando hablo de metáforas me refiero a expresiones como «Julieta es el sol» o «Ricardo es un león». Es cierto que no todas las metáforas se presentan como enunciados del tipo «a es (un) b». Pero las metáforas más complejas como «Nuestra relación atraviesa un gran bache» o «Estoy hundido» pueden, y así lo asumo, analizarse como una extensión de otras metáforas más primitivas o en su caso una conjunción de metáforas de base como, por ejemplo, «EL AMOR ES UN VIAJE» Y «TRISTE ES ABAJO», respectivamente.

Cualquier teoría de la metáfora debe tratar de dar cuenta de las razones por las que las metáforas, siendo virtualmente un mecanismo desestabilizador, funcionan correctamente en la comunicación lingüística. La pregunta a la que debe responder es por qué las metáforas no destruyen el mecanismo mismo de la significación, o en otras palabras cuáles son las condiciones de posibilidad de las metáforas.

Metáfora como anomalía del significado

La primera pregunta que se nos plantea, si tomamos la metáfora como un problema que afecta al significado, es justamente cómo dar con el significado de un enunciado metafórico. Las teorías que consideran la metáfora como un problema de significado, sean dualistas o monistas —o usando otra terminología, teorías de la constancia y de la conversión del significado respectivamente—⁸ tratan, en efecto, de resolver la paradoja evidente de que enunciados defectivos sean aceptables y aceptados en la comunicación lingüística.

A grandes rasgos, este grupo de teorías se engloban dentro de la categoría de hipótesis acerca del carácter de

la metáfora como un sustituto de otro término, o bien —este es un caso específico del otro considerado como genérico—, como un término que establece un cierto tipo de comparación entre dos objetos, su referente propio y otro objeto al que se aplica en la metáfora. En el primer caso evidentemente se presupone que se podría prescindir de la metáfora⁹, y, en el segundo, que la aplicación metafórica revela la existencia de propiedades comunes, o sea, de cierta semejanza entre el denotatum propio del término utilizado y el término al que se aplica. En resumidas cuentas que «Julietta es el sol» supone admitir que existe una virtual semejanza entre Julieta y el sol, por ejemplo que ambos son necesarios para el mantenimiento de la vida de Romeo; o, en otros términos, que es permisible introducir un objeto —el tenor— en una clase dada —la que denota el vehículo— aunque sea como un miembro claramente defectivo.

Lo cierto es que no es fácil sostener de manera no trivial, en todos y cada uno de los casos de metáforas, que se den de hecho semejanzas que sostengan la aplicación de un término metafórico a un objeto. En primer lugar existen metáforas que se presentan como enunciados negativos del tipo «Los hombres no son islas», que evidentemente no constituyen la negación de un enunciado metafórico que presuponga una semejanza entre islas y hombres sino la negación de un estado de cosas del mundo. Existen en segundo lugar metáforas contradictorias: «Somos de piedra» y «No somos de piedra». Si la metáfora está justificada por una semejanza entre referentes de los dos términos en juego, ¿cómo es posible que algo sea semejante a *a* y a *no-a*? En tercer lugar, existen diferentes y divergentes metáforas que se aplican a un mismo objeto. La vida es *un río, un valle de lágrimas, un infierno, un camino, una mala noche en una mala posada, etc.* Es difícil sostener una teoría de la semejanza salvo, como señalaba, trivialmente en el sentido de que casi todo se puede considerar semejante a cualquier otra cosa en algún sentido como gustan de decir los filósofos.

Los contraejemplos aducidos son discutibles, porque presuponen, como lo hacen normalmente quienes sostienen teorías de la metáfora como un problema del significado, que éstas se pueden analizar independientemente del contexto

en que un enunciados se profiere. La afirmación general de que hay cierta semejanza entre vehículo y tenor no es falsa, es probablemente una consecuencia de un uso metafórico.

Entre las teorías interaccionistas, otro tipo dentro de las teorías de la conversión del significado, la que sostiene Max Black, por ejemplo, supone un paso adelante porque, de partida, confiere a la metáfora un estatuto propio al evitar tomarla como un caso de catacresis¹⁰, o en definitiva como un caso más de polisemia. La metáfora así supone la instauración de un nuevo sentido merced a la interacción de dos conjuntos de tópicos, los que rodean al vehículo y los que rodean al tenor de la metáfora habitualmente.

De nuevo hay implícita, como en los casos anteriores, una dualidad, (dos «subjects», según Black) de modo que el sistema de implicaciones o el conjunto de lugares comunes que acompañan a uno se aplican al otro.

Es claro, desde luego, que en una metáfora existen dos términos en tensión o en relación, pero la necesidad de pensar en un cambio de sentido obedece no a la existencia de los dos términos, sino al hecho de que el enunciado que forman o del que derivan es doxásticamente indefensible.

Metáfora como anomalía pragmática

A Davidson se debe la reacción más eficaz contra la consideración de las metáforas como un problema semántico. Por distintas razones su «What Metaphors Mean?»¹¹ se ha constituido en un hito dentro de la literatura sobre el tema.

En primer lugar afirma la innecesidad de suponer un sentido metafórico distinto del literal, con lo cual elimina todos los problemas adjuntos a las tesis de la conversión del sentido. En segundo lugar, afirma a pesar de ello su valor; las metáforas poseen el valor cognitivo que posee el enunciado literal, pero no un valor cognitivo metafórico propiamente dicho que sea formulable¹². Finalmente, su propuesta es una consideración pragmática de la metáfora como un uso del lenguaje.

En realidad, Davidson parece estar proponiendo una visión de la metáfora como un cierto tipo de deíctico, una llamada de atención que mediante una expresión literal nos obliga a percibir algo nuevo, semejanzas como quería Aristoteles o cualquier otra cosa.

Lo que particulariza a la teoría de Davidson entre otras tesis pragmáticas es su carácter monista en lo que concierne al significado. Otras tesis pragmáticas, sin embargo, mantienen como afirmábamos más arriba la noción de un doble sentido, lo que se dice y lo que se indica, o sea las implicaturas conversacionales (Grice), el significado del enunciado y el del hablante (Searle), o la descripción y la interpretación (Sperber y Wilson). En las teorías pragmáticas como la de Grice, la metáfora se convierte en un tipo de inferencia a partir del sentido literal de un enunciado que viola alguna de las máximas conversacionales que rigen el discurso. La propuesta aparentemente más sofisticada de Sperber y Wilson reposa sobre una teoría del discurso «representacional», según la que todo enunciado expresa una proposición que, a su vez, expresa un estado de cosas, pero al mismo tiempo el enunciado también puede representar otra cosa, a la sazón otro enunciado que se le parece pero que no es idéntico. De manera que los enunciados quedan clasificados en dos tipos: descripciones o interpretaciones. En un enunciado literal, el contenido proposicional del enunciado es idéntico al pensamiento del locutor, pero en otros casos —de los cuales uno más es la metáfora— sólo lo representa en mayor o menor grado. Aquí también se contempla como un elemento necesario la violación de una máxima, en este caso la de relevancia que constituye el núcleo de su teoría pragmática, una máxima de economía de la información y el esfuerzo. En realidad Sperber y Wilson parecen estar rebautizando lo denotativo y lo expresivo.

Estas teorías pragmáticas aunque tampoco dejan de poner de manifiesto ciertas obviedades, se hacen sospechosas del prejuicio que poéticamente calificaba de la *cortedad del decir*. Se fundan sobre la tensión entre ontología y lenguaje o entre, postcríticamente, la mente y el lenguaje, y la resuelven mediante la apelación a la inferencia que, irónicamente, hélas, si Mark Turner tiene razón, es un concepto

metafórico elaborado mediante una aplicación de nuestros conceptos básicos de parentesco¹³.

El análisis pragmático es sin duda acertado pero acaso sería preciso contemplar la metáfora como un mecanismo que afecta a diferentes niveles de lenguaje. Es obvio que cada vez que se profiere un enunciado metafórico hablante y oyente saben que así es. La indefensibilidad doxástica de enunciados como los que citamos hace que el oyente los reinterprete sobre la base de ciertas presuposiciones que también están vigentes, sin duda, en la interpretación de cualquier otro enunciado. La competencia lingüística suele ser suficiente para advertir si se trata de enunciados metafóricos o no. «García es un alcornoque» o «Julieta es el sol» no son interpretables de la misma forma que «García es un atleta» o «Julieta es la baby sitter».

En el caso improbable de que el interlocutor no sea capaz de apreciar la calidad de metafórico del enunciado, existe la posibilidad de proporcionar una clave por medio de una caracterización lingüística «es una metáfora». Pero esta caracterización lingüística en realidad está siempre implícita en cualquier preferencia de un enunciado metafórico. En otras palabras, en todo enunciado metafórico hay que entender un ascenso semántico. La expresión «es una metáfora» está implícita en «Julieta es el sol» como un procedimiento de entrecomillar el enunciado, como un procedimiento de mostrarnos que el enunciado indica al mundo sólo a través de sí mismo. Esta consideración nos hace repensar de nuevo el problema de la verdad, sistemáticamente planteado o excluido, como toma de partido inicial en toda teoría de la metáfora.

El predicado «es una metáfora», implícito en el enunciado metafórico, no debe entenderse como el predicado «es verdadero». Las razones que nos llevan a afirmarlo atañen a dos ámbitos diferentes. Por una parte, el predicado de verdad es un procedimiento de eliminar comillas como señala, metafóricamente por cierto, Quine¹⁴. «“La nieve es blanca” es verdadero» apunta así directamente al mundo, en tanto que «“García es un alcornoque” es una metáfora» exige volver sobre el enunciado antes de mirar al mundo. Sólo cuando somos conscientes de que «García es un alcornoque» es una metáfora podemos interpretar el enunciado. Desde el punto

de vista pragmático, pues, el predicado «es verdadero» no es equivalente al predicado «es una metáfora» y esta es la diferenciación primaria entre literal y no literal.

El predicado «es una metáfora» se podría poner en paralelo más bien y más propiamente con el predicado «es una creencia». «Los ángeles son seres alados» es una creencia» está más próximo de «García es un alcorcho» es una metáfora» que de «La nieve es blanca» es verdadero», en tanto en cuanto los dos primeros enunciados dan cuenta de un estado intencional. En ambos casos nos encontramos con enunciados incorregibles cuya verificación por tanto sería irrelevante para su significado.

Criterio de metaforicidad

Todo criterio de metaforicidad se fundamenta evidentemente sobre la indefensibilidad doxástica o el carácter defectivo, semántica o pragmáticamente, de los enunciados metafóricos. Un primer y obvio criterio de metaforicidad se puede formular así:

C1. «a es (un) b» es una metáfora en L sí y sólo si a es (un) b no es el caso y el hecho de que a es un b no sea el caso es la causa de la reinterpretación de «a es (un) b» en L por parte del oyente.

No es necesario insistir en que este criterio no resiste un análisis. Pese a las constantes afirmaciones al respecto, no es necesario que a es un b no sea el caso para que se produzca una metáfora, y nada nos dice acerca de la manera en que se asigna una interpretación a la metáfora. Es claro que de la consideración de enunciados no defectivos, incluso verdaderos y aún así metafóricos, como «No somos de piedra» o «Ricardo es un león», referido al león que el señor de la Concha presenta en su circo, se extrae como inmediata consecuencia la necesidad de que el criterio haga explícita una condición más:

C2.: Un enunciado «a es un b» es una metáfora en L si a es un b no es el caso o si el hecho de que lo sea es irrelevante de acuerdo con los principios que rigen la comunicación lingüística.

Pero aún así, no hemos señalado la condición necesaria para que un enunciado sea una metáfora. Para el análisis subsiguiente habremos de servirnos de dos nociones elementales: la de mundo posible y la de rigidez.

La primera noción alude a un conjunto de posibilidades dentro de los límites del lenguaje en que se ha definido mundo posible, es decir a un conjunto de contrafactuals. En este sentido, mundos posibles en el ejemplo del león del señor de la Concha serían formulados así: «Si Ricardo hubiese nacido en el zoo en lugar de en el circo», «Si Ricardo fuese manso», etc., pero no por supuesto «Si Ricardo fuese un hombre» porque saldríamos de los límites del lenguaje en que hemos definido nuestro mundo posible.

Por otra parte, un elemento es rígido cuando posee la misma referencia en todos los mundos posibles. Un nombre propio es así un designador rígido ¹⁵.

El tipo de metáforas que analizamos presentan un elemento «a» (en «a es un b») que es efectivamente un elemento rígido, un nombre propio, o, en su caso un demostrativo. Nuestra propuesta es que ambos elementos, es decir también «(un) b» y, en consecuencia, todo el enunciado deben interpretarse rígidamente.

Los argumentos que avalan esta tesis se apoyan sobre dos deficiencias de las teorías al uso: En primer lugar, asignar una interpretación a un enunciado como «Julieta es el sol» o «García es un alcornoque» sobre la base meramente semántica exige, como sabemos, pensar en un símil elidido o en un enunciado defectivo, en el cual un término impropriamente usado sustituye a otro (más) propio, y entre los dos términos o los referentes de los dos términos se da una relación de semejanza. Sin duda, además de cualquier otra crítica, la principal es que si el término propio puede ser localizado, no hay razón para utilizar una expresión antieconómica desde el punto de vista de la relevancia; si en realidad el sentido se halla en la interacción entre dos conjuntos de lugares comunes es dudoso interpretar cuáles puedan ser los lugares comunes asociados a Julieta y al sol que nos den la clave de este nuevo significado; y si, finalmente, debemos realizar algún tipo de inferencia peculiar, sobre qué nos apoyamos para descubrir eso que el hablante quiere decir pero no dice. Si hemos de mantener

la pertinencia de las metáforas y su valor como potencial cambio lingüístico y conceptual es necesario prescindir de la consideración de la metáfora como un problema de significado. Naturalmente no toda teoría de la metáfora es intensional. Goodman propone una teoría extensionalista precisamente al afirmar que en la metáfora se transfiere un conjunto de etiquetas de un ámbito conceptual a otro. Pero etiquetas son predicados¹⁶. Es decir, «Ricardo es un león» en última instancia localiza vicariamente a un individuo en la clase de los leones, o lo que es lo mismo el predicado «un león» se aplica defectivamente a Ricardo.

Precisamente de la reiterada consideración de los enunciados metafóricos, o de los enunciados de base de los que derivan otras metáforas, como enunciados predicativos, en ese sentido evidentemente defectivos, se sigue la imposibilidad de encontrar una explicación satisfactoria al comportamiento de las metáforas. Si persistimos en tomar «Ricardo es un león» como enunciado predicativo lo retraducimos como un enunciado en el cual del sujeto Ricardo se predica una serie de propiedades ligadas a otro objeto de manera impropia. Es decir, que el sujeto entra a formar parte de la clase de los leones de manera incompleta, dado que las propiedades de Ricardo y las de los leones en el mejor de los casos sólo interseccionan.

Ya hemos señalado la dificultad de señalar las propiedades comunes de manera no trivial, la existencia de metáforas contradictorias que difícilmente permiten pensar en propiedades comunes de *a* y *b* y de *no-a* y *b* al mismo tiempo. Pero, fundamentalmente, el hecho de que la metáfora así interpretada señala una vicariedad ontológica nos hace de nuevo pensar en que estamos analizándola en un nivel de lenguaje que no es el suyo. Con las metáforas *no construimos objetos o clases defectivas*, construimos nuestra experiencia, o al menos una parte importante y sustancial de la misma.

Así pues, mi tesis se basa en la consideración de los enunciados metafóricos del tipo «*a* es (un) *b*» no como enunciados en mayor o menor medida defectivos, sino como enunciados que simplemente adjudican un nombre y una identidad a un objeto. «Julieta es el sol» o «García es un alcornoque» no pueden interpretarse como enunciados pre-

dicativos, pero sí se pueden interpretar en paralelo a «Esto es agua» o «Tú eres Pedro». En ellos se adjudica un nombre a un sujeto, las dos expresiones «a» y «b» refieren al mismo objeto, y simplemente se produce un bautismo referencial.

Nuestro criterio puede ahora ajustarse más:

C3: «a es (un) b» es una metáfora en L sí y sólo sí no hay un mundo posible en que a es un b sea el caso y ello sea relevante para la comunicación lingüística y asignamos una interpretación rígida a «a es un b».

Asignar una interpretación rígida a «a es un b» significa que la metáfora posee una misma interpretación en todos los mundos posibles. La rigidez da cuenta de la irrelevancia del significado. Que el significado es irrelevante debe interpretarse sencillamente en el sentido en que lo es en enunciados como «Tú eres Pedro» o «Esto es agua». En una metáfora como «Julietta es el sol» cada una de las dos expresiones que une la cópula denota su referente habitual.

Lo que podemos interpretar como sentido —lo que es parafraseable—, los lugares comunes, las creencias asociadas a una metáfora, o las implicaturas, responden a algo a lo que no son ajenas las expresiones no metafóricas. En toda expresión, metafórica o no, puede, y debe normalmente, considerarse todo aquello que forma parte de la *expresión*, es decir todo lo que no es meramente denotativo y habla de nosotros sin hacerlo explícito.

Nuestro criterio de metaforicidad C3 incluye la rigidez como condición necesaria para que un enunciado sea metafórico. Pero no es todavía una condición suficiente. Ciertos enunciados que se pueden considerar rígidos no son metáforas. Nuestro criterio sólo contendrá una condición necesaria y suficiente si garantiza la no privación de las metáforas, sea lo que en esencia las distingue de un sinsentido. Para que una metáfora funcione en la comunicación lingüística, y en consecuencia, no sea un sinsentido, ha de ser aceptada por al menos un interlocutor. Así pues:

C4: «a es (un) b» es una metáfora en L sí y sólo sí no hay un mundo posible en que a es un b sea el caso, o si a es un b es el caso es irrelevante para la comunicación lingüística, y asignamos una interpretación rígida a «a es (un) b», que es aceptada por al menos un interlocutor.

Es evidente y no ha dejado de ponerse de manifiesto que la metáfora exige compartir un universo de discurso y un idiolecto como condiciones básicas e ineludibles. El crítico literario o el historiador de la literatura tienen como función en realidad colocar al lector en el mismo universo y en el nivel máximo de comprensión del idiolecto peculiar del poeta, para que sus metáforas puedan ser legibles.

Nótese también que el hecho de que las metáforas se acepten no implica la imposibilidad de aceptar simultáneamente otras diferentes para referirse a una misma experiencia. La vida es *camino, río, valle, infierno*, sin que exista inconsistencia alguna.

Metáfora como operador epistémico

Un punto clave en una teoría de la metáfora es resolver cómo funcionan los enunciados metafóricos dentro del conjunto de enunciados literales de nuestro lenguaje. No hay duda de que funcionan, y crean incluso conjuntos de metáforas consistentes. Según el análisis tradicional de la metáfora como enunciado predicativo defectivo literalmente falso, es muy difícil dar cuenta de la consistencia de un conjunto de enunciados en el que se produce uno metafórico. La tesis apuntada en cambio permite dar cuenta sencillamente del hecho cotidiano del funcionamiento correcto de enunciados metafóricos en nuestra comunicación lingüística, y no sólo en el habla despreocupada del ciudadano de a pie, sino en el riguroso discurso del científico o del filósofo.

Todo cuanto he expuesto más arriba implica de manera inmediata considerar la metáfora como objeto de un enunciado que da cuenta de un estado intencional, que podemos considerar perfectamente paralelo a otros como Creer o Conocer. Así, la metáfora queda ciertamente caracterizada como un fenómeno eminentemente cognitivo, y técnicamente es plausible considerar a Metáfora como el operador epistémico M con un elemento rígido como alcance. En nuestra expresión « $M \alpha x$ », siguiendo a Hintikka¹⁷, debemos interpretar M como operador, α como la expresión que denota el sujeto, y « x » como el alcance, es decir el enunciado metafórico en cuestión « a es un b ».

De esta manera, y siempre de acuerdo con el análisis de *Conocer* y *Crear* llevado a cabo por Hintikka, la consistencia de un conjunto λ de enunciados de L se define sobre la base de la consistencia de una serie de enunciados dependientes de operadores epistémicos y de enunciados asertivos verdaderos sobre el mundo. Si en un conjunto consistente cualquiera se introduce un enunciado metafórico, que por serlo es válido en todos los mundos posibles, el conjunto resultante sin duda seguirá siendo consistente.

Metáfora y declaración

He presentado las metáforas como casos de anomalía pragmática, pero no ha quedado definido claramente en qué consiste tal anomalía, ni tampoco, por tanto, qué hace de este enunciado anómalo un enunciado aceptable.

La anomalía de las metáforas es pragmática y no semántica. Pero no creo poder suscribir las tesis ordinarias en las teorías pragmáticas sobre la metáfora, porque violar las máximas de relevancia o de calidad —de veracidad— no son condiciones necesarias y suficientes para que un enunciado sea una metáfora. La anomalía pragmática, a mi juicio, reside en otro aspecto: en el hecho de que las metáforas forman parte de la categoría de un cierto tipo de actos de habla pero no cumplen sus condiciones de satisfacción estrictamente, y, adicionalmente, se presentan como si perteneciesen a otra categoría de actos de habla diferente.

Las metáforas no constituyen actos de habla metafóricos normalmente, como podría inducir a pensar una visión popular que subyace a la creencia en un sentido figurado. Las metáforas que venimos analizando deben incluirse dentro del conjunto de actos de habla que Searle denomina Declaraciones. Una declaración es un tipo peculiar de acto de habla por medio del cual se produce la instauración de un nuevo estado de cosas en el mundo¹⁸. Esquemáticamente, la representamos de la siguiente forma:

$$D \uparrow \downarrow \emptyset (p)$$

D representa el punto ilocucionario de la declaración, el ajuste producido entre el enunciado y el mundo posee un doble sentido en este tipo de actos de habla, de ahí la doble flecha, y en cambio no existe condición de sinceridad, se utiliza por ello el símbolo de conjunto vacío; (p) representa la variable proposicional.

Una característica importante de las declaraciones es que en ocasiones se presentan como aserciones. Pero la diferencia entre unas y otras debe quedar clara, desde el momento en que observamos que en las primeras no existe una adecuación entre un enunciado y un estado de cosas en el mundo, sino la instauración de un nuevo estado de cosas. Las condiciones de satisfacción de una declaración son por su peculiar carácter diferentes también: sólo puede efectuarse dentro de un marco institucional adecuado. Yo no puedo declarar a García y Concha marido y mujer, pero sí lo puede hacer un juez, un sacerdote e incluso el alcalde de Marbella.

Las metáforas constituyen, y ahí reside su anomalía, declaraciones sin marco institucional que además se presentan como aserciones.

Comenta Searle, de pasada, las posibles excepciones a las reglas de producción de este tipo de actos de habla. La habilitación del hablante en el marco de una institución puede quedar suspendida en casos especiales: «The only exception to the principle that every declaration requires an extralinguistic institution are those declarations that concern language itself, as for example when one says “I define, abbreviate, name, call, or dub”». Y luego añade en una breve nota a pie de página: «Another rather special class of exceptions concerns the supernatural. When God says “Let there be light” that is a declaration».

Una declaración como «Julieta es el sol» no es meramente un acto de habla que concierne al lenguaje, es una declaración de tipo divino. No otra por cierto ha sido la teoría romántica que ha sostenido el carácter creativo de la actividad poética y artística en general. La competencia lingüística es suficiente habilitación en principio para producir metáforas. Con la sola restricción de que para que la metáfora se dé como tal debe ser aceptada virtualmente, al menos para un hablante. La peculiaridad de Metáfora como

operador epistémico, es decir como aquello que da cuenta de un estado intencional específico, es que suple el marco institucional ausente en la declaración.

Metáfora y bautismo

Como declaración, el hablante que profiere un enunciado metafórico lleva a cabo una suerte de bautismo. Pero sin duda un problema inmediato para admitirlo es la estructura sintáctica superficial de los enunciados metafóricos a que venimos refiriéndonos. Como he reiterado, el hablante que profiere el enunciado «Julieta es el sol» no afirma que sea un astro, ni quien dice «Ricardo es un león» incluye a Ricardo en la clase de los leones como miembro defectivo o como miembro de pleno derecho en la clase defectiva de los leones metafóricos. Por el contrario, está profiriendo un enunciado que da cuenta entre otras cosas de un cierto estado intencional que debe cumplir ciertas condiciones de satisfacción. Formular estas condiciones nos va a dar la clave de la aplicabilidad de «a es un b» y la justificación de su entidad como un bautismo referencial. A grandes rasgos, estas condiciones de aplicabilidad de «a es un b» son las siguientes:

(1) «a es un b» es una metáfora, es decir no hay un mundo posible en que a es un b sea el caso, o la afirmación «a es un b» no es relevante para la comunicación lingüística.

(2) «a es un b» se produce en una comunidad lingüística con conocimientos compartidos del lenguaje y el mundo, y es aceptado por al menos un miembro de esta comunidad adicional al locutor.

(3) el enunciado «a es un b» afirma rígidamente una identidad establecida en el hecho mismo de que se da un cierto estado intencional en el hablante. Se trata de una identidad entre un objeto a y un objeto b. El objeto a queda investido por el poder del hablante de una nueva identidad¹⁹.

(4) El enunciado «a es un b» es parafraseable, en definitiva (es equivalente a) como «M α “a es M α (un b)”» o «“a es (el b que b es en mi metáfora)” es una metáfora».

Es justamente esta doble autorreferencialidad lo que corrige la aparente imposibilidad de aceptar el enunciado metafórico como una declaración tipo bautismo. *Metáfora*

actúa como un modificador del verbo «es» en el sentido contrario en que se supone en una interpretación de los enunciados metafóricos como enunciados predicativos. No decimos que *a* es metafóricamente un *b* sino que es efectivamente *b* en tanto en cuanto «*a* es un *b*» es una metáfora. La metáfora no se explica como lo defectivo o lo impropio. Interpretar *Metáfora* como operador epistémico pone de manifiesto simplemente que el contexto en que se produce el enunciado metafórico queda modificado, y las expresiones en juego convertidas por ello en referencialmente opacas, como ocurre en todo informe de un estado intencional. Hay una segunda autorreferencialidad dentro del propio enunciado metafórico que convierte a la expresión «un *b*» en genuinamente referencial ²⁰.

Esta expresión es aparentemente un predicado —y así se interpreta normalmente en las teorías sobre la metáfora— que se aplica impropriamente o que convierte al sujeto en miembro defectivo de una clase como hemos repetido. Pero si consideramos «un *b*» como una expresión dentro de un contexto opaco referencialmente, « $M \alpha (x)$ » (donde «*x*» = «*a* es (un) *b*») porque se trata de un enunciado que da cuenta de un estado intencional, damos con una virtual salida al problema.

Opacidad referencial significa que no toda descripción del objeto intencional puede ser apropiada. Es decir que la verdad de un enunciado que denota un estado intencional, por ejemplo «Detesto a García» se puede transformar en falsedad si se sustituye el objeto intencional por una descripción alternativa, por ejemplo «Detesto al hermano del portero del Alcorisa F.C.». Esta opacidad referencial actúa en las metáforas como una garantía de su aceptabilidad. «Julieta es el sol» es un enunciado aceptable, pero no «Julieta es un astro cuya densidad central es 158 g/m³». La opacidad referencial, pues, libera al enunciado metafórico de la trampa en que irremediablemente cae si se piensa la metáfora como un problema del significado. La opacidad referencial hace aceptable la hipótesis del carácter rígido de las metáforas. La aplicabilidad de «Julieta es el sol» es indiferente a cualquier descripción de Julieta.

Por otra parte, el problema más importante que plantean los enunciados que analizamos es el de justificar que la

expresión «un b» es genuinamente referencial, es decir un nombre y no un predicado. Sin esa premisa evidentemente la hipótesis de la metáfora como bautismo es insostenible. Por ello la interpretación del enunciado metafórico como alcance de un operador epistémico y en un contexto por ello referencialmente opaco es fundamental. La expresión «un b» no es un predicado sino que refiere como un nombre a algo muy concreto, la nueva identidad de que a queda investida por la metáfora.

Como apostilla, no olvidemos que expresiones como «mi vida» o «vida», «tigre» o «cielo», etc., que forman parte originariamente de enunciados metafóricos evidentes, se utilizan en contextos ordinarios ocupando todas las posiciones de un nombre ²¹.

A la luz de esta interpretación, es posible dar respuesta a ciertas preguntas elementales que tradicionalmente se formulan cuando se piensa en la metáfora. La disyuntiva o la dualidad entre un significado literal y un significado metafórico queda ciertamente resuelta si pensamos en la irrelevancia del significado. Los enunciados metafóricos funcionan en cuanto a su validez de una manera peculiar, porque se inscriben en un contexto modal. El concepto semántico de verdad no es adecuado para dar cuenta de la validez de un enunciado metafórico. Es cierto que una metáfora puede ser correcta o no, puesto que posee valor cognitivo y, en consecuencia, puede dar cuenta de algo correctamente, adecuadamente o menos correctamente o adecuadamente. Pero la metáfora siempre que se da con todas sus condiciones es necesariamente aceptable ²².

Metáfora y expresión

Una última consideración se hace necesaria: el hecho de que las metáforas constituyan virtualmente fuentes hermenéuticas inagotables no es contradictorio con la afirmación de la irrelevancia del significado. Una metáfora es susceptible de comentarios como cualquier expresión del lenguaje natural, pero ello no quiere decir que sean posibles ni traducciones ni justificaciones de su aplicabilidad, del

mismo modo que un comentario sobre un nombre propio nada afirma acerca de su validez como bautismo.

Las metáforas constituyen hitos fundamentales en nuestros procesos cognitivos. No ornamentamos con ellas nuestro lenguaje —no *primariamente*—, ni realizamos pseudoclasificaciones en los objetos del mundo. Simplemente, nos revelan el mundo a través de nuestros propios sistemas conceptuales.

En cierto modo, la metáfora sí hace patente una tensión entre mundo y lenguaje, o mente y lenguaje, la tensión humana por antonomasia. Nuestro lenguaje es el instrumento —y la metáfora una parte fundamental dentro de él— para engrandecer los límites del mundo. Las metáforas son efectivamente elementos de nuestro pensamiento y nuestra acción: la metáfora del «cimiento del hogar» determina sin duda formas de vida para las mujeres diferentes de la metáfora de «la mariposa que vuela entre las rosas»; la metáfora del «logos» determina una metafísica diferente de la exigida por la metáfora de la «escritura».

La hipótesis expuesta supone apostar por las metáforas como una salida del mundo empírico, del juego de lenguaje en el que prima la teoría semántica de la verdad, que (se) define (en) los límites de lo literal. Hablamos de apertura a un cosmos no empírico porque no son los datos de los sentidos quienes sostienen nuestros enunciados y su valor de verdad. Las metáforas proporcionan nuevas versiones de mundos. Considerarlas como enunciados que dan cuenta de estados intencionales es precisamente señalar esa potencialidad.

Notas

¹ «Loose Talk», *PAS New Series* Vol. LXXXVI (1985-86), pp. 153-171.

² «Logic and Conversation», COLE & MORGAN eds.: *Syntax and Semantics*, Vol. VIII, *Speech Acts*. (New York, 1975), pp. 41-58; también «Further Notes on Logic and Conversation» (1978). SEARLE, J.: «Metaphor», en ORTONY, A., ed.: *Metaphor and Thought*. (MIT Press, Cambridge, 1979).

³ ENGEL, P.: «Le sens littéral des métaphores», *Recherches sur la Philosophie et le Langage*. (Université de Grenoble, 1988), pp. 239-259, especialmente, p. 257.

⁴ Por ejemplo, SOSKICE, J.M. & HARRÉ, R.: «Metaphors in Science», RADMAN, Z.: *From a Metaphorical Point of View*. (De Gruyter, Berlín, 1995), pp. 289-307. Afirman las autoras lo siguiente: «We need to use metaphors to say what we mean since in the course both of literary composition and scientific theorizing we can conceive more than we can currently say» (p. 289).

⁵ RICOEUR, P.: *La Metáfora Viva*. (Ed. Europa, Madrid, 1980; ed. fr. 1975), p. 24.

⁶ Se trata de la terminología de I. A. Richards, M. Black y M. Beardsley respectivamente. Vid.: RICHARDS, I. A.: *The Philosophy of Rhetoric*. (Oxford University Press, 1936), cap. 5 y 6; BLACK, M.: *Models and Metaphors. Studies in Language and Philosophy*. (Cornell University Press, Ithaca, N. York, 1967); BEARDSLEY, M.: «The Metaphorical Twist», *Philosophy and Phenomenological Research*, 22 (1962), pp. 293-307, y «Metaphorical Senses», *Noûs*, 12 (1978), pp. 3-16.

⁷ *Metaphors We Live By*. (Chicago University Press, 1980. (Traducción española de Carmen González-Marín. Cátedra, Madrid, 1986).

⁸ BEARDSLEY, M.: «Metaphorical senses», *cit.*, y MOOIJ, J. J.: «Tenor, Vehicle and Reference», *Poetics* 4 (1975), pp. 257-72, y *A Study of Metaphor*. (Amsterdam, North Holland, 1976).

⁹ Es la tesis que sostiene, por ejemplo, Black.

¹⁰ Según el DRAE catacresis es un «tropo que consiste en dar a una palabra sentido traslaticio para designar una cosa que carece de nombre especial», v.gr. la hoja de la espada, una hoja de papel. En griego, «uso indebido».

¹¹ DAVIDSON, D.: «What Metaphors Mean?», *Critical Inquiry*, 5 (otoño 1978), pp. 31-47.

¹² ELGIN, C. afirma, incidentalmente, que Davidson «contends that metaphor is non-cognitive» (p. 63), «Metaphor and Reference», en RADMAN ed. *From a Metaphorical Point of View*, *cit.*, pp. 53-72.

¹³ TURNER, M.: *Death is the Mother of Beauty*. (University of Chicago Press, 1987).

¹⁴ QUINE, W. O.: *Methods of Logic*. Routledge & Kegan Paul, London, 1952 (*Los Métodos de la Lógica*. Ariel, Barcelona, 1962).

¹⁵ KRIPKE, S.: *Naming and Necessity*. (Harvard University Press, Cambridge, 1972).

¹⁶ GOODMAN, N.: *Languages of Art*, (Hackett, Indianapolis, 1976). En este texto incluye Goodman una definición de metáfora que vale la pena recordar, aun cuando no compartamos la teoría: «A metaphor is an affaire between a predicate with a past and an object that yields while protesting» (p. 69). Vid. también «Metaphor and Moonlighting», *Of Mind and Other Matters*, (Harvard University Press, Cambridge, 1984), pp. 71-77.

¹⁷ HINTIKKA, J.: *Knowledge and Belief. An Introduction to the Logic of the Two Notions*. (Cornell University Press, Ithaca, 1962; Trad. esp. Tecnos, Madrid, 1979).

¹⁸ SEARLE, J.: «A Taxonomy of Illocutionary Acts». (*Expression and Meaning*, Cambridge University Press, Cambridge, 1979). Sin duda po-

demos hacer simplemente uso de la clasificación más simple de Austin —constativos y performativos—. Las metáforas que venimos analizando serían en cualquier caso un ejemplo de performativo, lo cual no significa en ningún modo que se trata de un *acto de habla metafórico*.

¹⁹ La metáfora podría muy bien ser pensada efectivamente como el *nombre exacto* de las cosas.

²⁰ Utilizo la expresión de D. Wiggins. Vid. por ejemplo, «Identity Statements», BUTLER, ed., *Analytic Philosophy*. (Oxford, 1965).

²¹ En una oración atributiva ordinaria el atributo experimenta variaciones de género y número en concordancia con el sujeto. Sin embargo en casos de metáforas como «Victor es un sargento de carabineros» / «Concha es un sargento de carabineros» no se da esa variación, precisamente por su carácter rígido.

²² Obviamente la lógica de la verdad no es la adecuada para dar cuenta de las metáforas y de su poder como creadoras de mundos. Una lógica de la verosimilitud sería el camino más sugerente para intentar dar cuenta de su valor real cognitivo.